

## CONTINUACIÓN DE LA 26ª SESIÓN ORDINARIA, EL 7 DE SEPTIEMBRE DE 1901

### PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARIANO DE VEDIA

**SUMARIO:**—La honorable cámara resuelve ponerse de pie, á indicación del señor presidente, para exteriorizar la protesta contra el atentado de que ha sido víctima el presidente Mac Kinley.—Continúa la consideración del dictamen de la comisión militar en el proyecto sobre organización del ejército.

#### DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Balaguer, Balestra, Barraquero, Barroetaveña, Belderrain, Benedit, Bertrés, Berrondo, Billordo, Bollini, Bouquet Rodán, Cantón, Capdevila, Carrasco, Carreras, Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Dantas, Demaria, Echegaray, Ezquer, Falcón, Ferrari, Gálvez, García, Garzón, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gómez (M.), Gouchon, Hernández, Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lacasa, Lacavera, Laferrère, Lagos, Lartigau, Lassaga, Leguizamón, Loureyro, Loveyra, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Olmos, Outes, Palacio, Panelo, Pareira (F. M.), Peña, Quintana, Reyna, Robert, Robertis, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Santamarina, Seguí, Serna, Silva, Soldati, Torino, Torres, Ugarriza, Ugarte, Vedia, Videla, Vivanco (P.), Yofre, Zavalla.

#### AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Luro, Ferreyra, Usandivaras, Varela Ortiz.

#### CON AVISO

Barraza, Bores, Bruchmann, Caldérón, Carbó, Carlés, Castellanos (J.), González, Helguera, Leiva, Morel, Pérez, Sarmiento, Tissera, Villanueva, Vivanco (R.)

#### SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Avellaneda (M. M.), Casares, Castellanos (A.), Fonrouge, Gigena, Parera (R.), Rivas.

—En Buenos Aires, á 7 de septiembre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba

anotados, el señor presidente declara reabierto la sesión, siendo las 3 y 50 p. m.

#### HOMENAJE AL PRESIDENTE MAC KINLEY

**Sr. Presidente**—Continúa la sesión.

Señores diputados: La gran república del norte,—cuyas admirables instituciones inspiraron y fueron modelo de las nuestras, y cuyo espíritu asiste aún á los debates del parlamento argentino, acompañándonos en la diaria tarea de robustecer y engrandecer, en su fondo y en sus formas, el gobierno representativo republicano federal—acaba de recibir un rudo golpe, que ha estremecido por igual á todos los pueblos civilizados de la tierra.

Al condenar con todas las energías del alma el atentado de que ha sido víctima el presidente Mac Kinley, en cuyas manos se conservaba íntegro y puro el hermoso legado de los Washington y los Lincoln; como al formular los más fervientes votos porque no se repita en la historia norteamericana aquel terrible caso de Garfield, otro grande de la benemérita sucesión, entiendo interpretar, estoy seguro de responder, más bien, al íntimo sentimiento de la

honorables cámara, al íntimo sentimiento de cada uno de los señores diputados.

Es en esa virtud que os invito á ponerme de pie, para exteriorizar así la protesta que está en el fondo de nuestras conciencias y los anhelos que están en el fondo de nuestros corazones, ofreciendo uno y otros, en estas horas ansiosas de tribulación, como prenda de solidaridad y expresión de condolencia, al maravilloso país que ha sufrido este ataque de la barbarie en medio de una de las mayores manifestaciones de sus portentosos progresos. (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

—La cámara se pone de pie, haciendo lo propio la concurrencia de las galerías.

**Sr. Barroetaveña**—Pido la palabra.

Hago moción para que el presidente de la cámara comunique al presidente de la cámara de representantes de los Estados Unidos la manifestación que se acaba de hacer.

—Asentimiento.

**Sr. Presidente**—Habiendo asentimiento, así se hará.

## ORDEN DEL DIA

### ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

**Sr. Presidente**—Se pasará á la orden del día.

Continúa con la palabra el señor diputado por Entre Ríos.

**Sr. Coronado**—Señor presidente: antes de reanudar mi interrumpida exposición, séame permitido agradecer á los señores diputados las atenciones de que he sido objeto, y muy especialmente á mi distinguido compañero y amigo el doctor Balestra, por los benévolos conceptos con que me ha honrado.

Señor: había ayer pronunciado una palabra expresada por un general de la Francia y voy á historiar su origen.

En 1790 la asamblea constituyente había declarado que todo francés era un soldado. Ocho años después, un decreto obligaba á todos los franceses á prestar sus servicios á la patria, y se fundaron esos ejércitos colosales que el mundo entero ha admirado.

Napoleón I no tuvo la conscripción como ley, y sin embargo la estableció; y sus conscriptos se batieron en cien combates.

Después vino la restauración, y la restauración, con propósitos de orden enteramente políticos, terminó con el servicio de conscripción y estableció de nuevo el enganche. Todos los generales de la Francia se pusieron en un momento solemne de pie y declararon que esa nueva constitución del ejército hacía que peligrara la grandeza y la independencia de la Francia. Por esta circunstancia no se modificó la ley.

Pero en 1832, se establecía una conscripción especial, diciéndose que se obligaba al servicio al 7º de la clase. Este ejército nuevo se sacó de sus hogares, se sacó de sus propias regiones, sosteniéndose que era necesario que el soldado tuviera dentro de su cuerpo toda su familia, toda su patria, todas sus aspiraciones. A pesar de estos errores, fué ese ejército el que se batió en la batalla de Alma con el general Bousquet, y fué ese mismo ejército el que plantó con Mac-Mahón la bandera de la Francia en los fuertes de Malakoff.

Luego viene la ley de reforma del servicio de conscripción y del ejército, y en 1868 era un ejército de enganchados por vía administrativa. El mariscal Niel propuso al emperador y al parlamento, como he tenido ocasión de decirlo, el establecimiento del servicio obligatorio. Y aquí me permito hacer una pequeña corrección, porque en algún diario de la mañana he visto que, al referirme en mi primera exposición al mariscal Niel, se me hacen aparecer como refiriéndose al mariscal Ney. Esto no es exacto, porque sé perfectamente que el mariscal Ney falleció en París en 1815, y el mariscal Niel murió de pena, en 1869, porque en su país no se establecía el servicio obligatorio.

Este ejército de la Francia fué el que se batió en Sedán. Después del desastre de 1870, se llega á pensar de nuevo en el establecimiento del servicio obligatorio, y en una memorable sesión del parlamento francés, en que toman parte generales como Chanzy, el duque de Aumale, Billot, Guillemont y Du Temple, se establece de una manera categórica que se debía adoptar el servicio obligatorio. En medio de esa asamblea, y solemnemente, fué que el general Trochu exclamó: El ejército es una escuela de moralización.

Me permito recordar estas palabras para entrar en seguida á estudiar cómo establece esta escuela y de qué manera cumplen este principio fundamental del

arte militar la mayoría y la minoría de la comisión de guerra.

La mayoría de la comisión sienta como base fundamental del ejército de la Nación Argentina un ejército de veteranos, compuesto de diez mil hombres, por ejemplo, cifra que acepto para entrar de lleno en la cuestión. Estos diez mil hombres van á guarnecer nuestra frontera y al mismo tiempo son los que van á enseñar á la reserva del ejército y á la guardia nacional.

Esta dualidad del ejército de veteranos, de guardias, de celoso guardián del honor de la nación y al mismo tiempo de instructor, es lo que dificulta la solución, á mi manera de ver

El señor miembro informante de la mayoría decía que las escuelas en las cuales se habían de preparar las reservas serían de forma tal que ningún ciudadano tuviera oportunidad ni pretexto alguno para eludirlos, es decir, que se establecerían en las regiones donde se encontraran esos ciudadanos. Quiere decir, entonces, que aquel ejército que guarnece la frontera tiene que desprender alguna parte para ir á formar las escuelas.

**Sr. Capdevila**—¿Me permite el señor diputado una interrupción?

**Sr. Coronado**—Con mucho gusto.

**Sr. Capdevila**—Señor presidente: ¿me permite hacer una aclaración?

**Sr. Presidente**—Si no tiene inconveniente el señor diputado por Entre Ríos.

**Sr. Coronado**—De ninguna manera.

**Sr. Capdevila**—El proyecto de la mayoría establece claramente que hasta que el poder ejecutivo no haya formado los cuadros de jefes, oficiales y suboficiales para dirigir la instrucción, los batallones podrán hacerla provisoriamente; pero no es la forma definitiva de la instrucción.

Muchas gracias, señor diputado.

**Sr. Coronado**—De nada, señor.

Confesión de parte, releva de prueba; y por consiguiente no tengo para que entrar á demostrar que la mayoría de la comisión, aun cuando sea de manera provisoria, establece que esta enseñanza en las escuelas regionales va á ser desempeñada por profesores militares que salen del ejército veterano y que guarnecen la frontera.

**Sr. Falcón**—Acepto el hecho.

**Sr. Coronado**—¡Si no se pueden discutir los hechos, porque los hechos son exactos! Por consiguiente, lo mis-

mo que los acepta el señor diputado, los acepto yo y la cámara.

**Sr. Falcón**—Acepto el hecho, por lo que importa á la eficacia del sistema.

**Sr. Coronado**—Ahora bien, señor presidente; estos maestros de escuela, ¿en qué escuela van á enseñar? En una escuela de moralización del ejército; vale decir, van á enseñar la conducta moral á los ciudadanos de la República!

Yo, señor presidente, soy sumamente respetuoso por el ejército veterano de mi país; soy también respetuoso por el enganchado, que está cubierto de gloria, y de entre los cuales han salido dos ó tres distinguidísimos generales; pero lo que no quiero es que el enganchado, reclutado en las más bajas esferas sociales, sea el profesor de moralidad de la juventud argentina! (*Aplausos*.)

Continúo, señor.

Para demostrar á la cámara cuál será el fondo de moralidad y el fondo de suficiencia que puede tener ese profesor, voy á permitirme referir un relato que me hizo un distinguidísimo general, que me honra con su amistad.

Un día se presentó al batallón 6 de línea un hombre, y dijo: «Señor, vengo á engancharme; me enganché por un año». Se le pagó la prima de 100 pesos, por ejemplo, y ese mismo día que le pagaron la prima, la gastó en una orgía. Al día siguiente fué al cuartel y cumplió estrictamente su año de enganche. Terminado ese año, volvió á engancharse é hizo exactamente lo mismo que el anterior, y esto lo repitió durante tres años. Al cuarto año, vuelve y dice:—«Mayor, hace tres años que me empeño y salgo; hágame el favor de decirme cuánto me van á dar por *fundirme*».

Este es, señor, el tipo del enganchado, el tipo del profesor que nos va á poner la mayoría de la comisión, en las escuelas regionales, en donde se va á enseñar la moralidad al ejército argentino.

**Sr. Capdevila**—¿Me puede decir con qué clase de instructores va á dirigir la instrucción militar con el proyecto del poder ejecutivo? ¿Va á ser con profesores civiles?

**Sr. Coronado**—No, señor; con profesores reclutados por el magnífico proyecto presentado por el señor ministro de la guerra, que á su tiempo expondrá las razones de técnica, de táctica y de otro orden que han de satisfacer á la honorable cámara. (*Aplausos*.)

Ya que estamos en la escuela, señor presidente, quiero ocuparme de ella un poco.

El señor diputado ha dicho que la enseñanza va á ser exactamente igual á la de un colegio de enseñanza secundaria, con la única diferencia de que la enseñanza militar es obligatoria y la secundaria es facultativa. La escuela militar estará situada en un punto cualquiera, lo mismo que está un colegio.

Lo decía el otro día, exagerando, sin duda, con el propósito de impresionar agradablemente á la cámara, que tocarían la campana y que los niños entrarían á la escuela. La forma no sería exacta, pero lo cierto es que esa enseñanza tendría que darse en una de estas formas: ó los ciudadanos están permanentemente en la escuela y están entonces sostenidos por el estado durante los tres meses, ó no se substraen al trabajo, viven con su familia, y van, entonces, durante ciertas horas del día á la escuela.

Supongo, para mi tesis, que esos jóvenes entran á las 9 de la mañana á la escuela militar y salen á las 7 de la noche; pasan durante diez horas en la escuela. ¿Qué horario va á tener esta escuela? ¿Va á ser horario continuo ó el discontinuo? (*Risas*).

Si es horario discontinuo, es necesario que á las once esos jóvenes puedan ir á su casa á almorzar, y volver, después de almorzar, otra vez á la escuela. Si el horario es continuo, ¿qué sucede entonces? Que deben estar desde las 9 de la mañana hasta las 7 de la noche.

Un joven, repito, y hago notar esto porque en la juventud los procesos fisiológicos son más vivaces y rápidos que en la edad madura; un joven que trabaja y hace ejercicio, debe forzosamente recibir una manutención reparadora. Luego, el estado es el que le dará de almorzar, y este almuerzo forzosamente ha de costar algo.

Una ración de soldado, en la actualidad, cuesta cincuenta centavos; media ración, veinticinco centavos.

**Sr. Godoy (E.).**—Treinta y ocho.

**Sr. Ministro de la guerra.**—Cinuenta centavos.

**Sr. Godoy (E.).**—Treinta y ocho centavos en la capital.

**Sr. Ministro de la Guerra.**—Cinuenta centavos en la capital.

**Sr. Coronado.**—Para mi propósito es lo mismo treinta y ocho que cincuenta.

Entonces ¿cuántos ciudadanos hay de la clase de veinte años en el país? Vamos á calcular veinte mil, que reciben instrucción en las escuelas regionales. ¿Cuántas raciones se necesitan? Veinte mil á veinticinco centavos, son cinco mil pesos diarios. De manera que la enseñanza en estas escuelas regionales cuesta al estado cinco mil pesos diarios de manutención, y si la enseñanza es por noventa días, resultan cuatrocientos cincuenta mil pesos, en manutención solamente.

Hago presente esto, porque yo sé que en un país como el nuestro, pobre, con finanzas en mal estado, es necesario tener en cuenta su capacidad económica, y se sostiene, tal vez con eficacia, que el proyecto de la mayoría de la comisión es más económico que el de la minoría, porque tiene diez mil soldados y las reservas, y á estas reservas no les paga sueldo el gobierno; pero los mantiene, y éste es un recargo que hay que tener en cuenta porque en el proyecto del poder ejecutivo los diez mil conscriptos, cuando ha terminado la primera conscripción, son reemplazados por los otros diez mil.

Entonces, en realidad, el ejército permanente del país incorpora sus reservas, según el proyecto de la mayoría. En cambio, el ejército de diez mil veteranos cuesta cuatrocientos cincuenta mil pesos á media ración y novecientos mil pesos á ración entera. A más de este gasto de manutención, hay que añadir el vestuario y demás.

Pero como sé que se va á observar que estos guardias nacionales, cuando van á incorporarse al ejército de línea requieren un enorme gasto de transporte, quiero hacer presente á la cámara que el proyecto de la minoría establece circunscripciones regionales. Siendo regionales, se encuentra en el mismo caso que el proyecto de la mayoría de la comisión, y en la misma región se va á enseñar, con la diferencia de que van á permanecer en los cuarteles reemplazando á los soldados del ejército permanente.

De ahí entonces que, financiando la operación, es absolutamente positivo que resulta más barato el proyecto de la minoría que el de la mayoría.

Ahora bien, señor presidente: ¿Cuál de estos ciudadanos es mejor soldado? Ya está probado de una manera evidente que uno cuesta más que otro.

En la batalla de Sadowa ó Koenigsgratz, como la llaman los alemanes,



surgió una enseñanza muy digna de tenerse en cuenta.

Hasta entonces las unidades de combate eran el batallón, el regimiento, etc.; pero en la batalla de Sadowa los prusianos se presentaron con las compañías estableciéndolas como unidades de combate; y entonces la unidad de combate, que era el batallón, pasó á ser la compañía.

A medida que el progreso de la guerra se ha ido realizando, ya no es la compañía la unidad de combate; desde que el orden abierto es una institución progresiva de los ejércitos, el soldado es la unidad de combate. De manera que si nosotros tenemos cien combatientes tendremos cien unidades de combate.

Por el proyecto de la mayoría tendríamos nosotros, en cualquier momento, diez mil unidades de combate. ¿Serán unidades de combate aquellos jóvenes que han sido educados en las escuelas regionales? ¿Tendrán ellos, seguramente, ciertas y determinadas condiciones; sabrán marchar, contramarchar, sabrán manejar el fusil, serán buenos tiradores al blanco; pero ¿tendrán educación militar?

He ahí, señor presidente, el gran problema. Sí, estos jóvenes, educados en tal forma, tienen educación militar, perfectamente; pero la educación militar no es simplemente el manejo del arma, no es saber hacer ejercicio. La educación militar está perfectamente definida: es la absoluta subordinación del inferior al superior; puede decirse la pérdida del libre albedrío, puede decirse el amor á la profesión que hace que ese soldado cumpla con su deber con la estricta conciencia de ese mismo deber.

Esos jóvenes que se encuentran por la mañana en su casa, que van á almorzar á las once y que á las siete de la tarde salen á pasear por las calles y vuelven á sus hogares, no pueden, no deben tener nunca educación militar. Luego la unidad de combate que cuesta mas cara, la de la mayoría de la comisión, es inferior á la unidad de combate de la minoría.

Si insisto, señor presidente, sobre este punto, es porque los efectivos de los ejércitos son el punto de mira, el punto de estudio de todos los hombres de gobierno. Se ha dicho ya en la cámara, con muchísima razón, que el propósito de la organización militar de una nación es estar listo para pasar del pie de paz al pie de guerra. Ya van pasan-

do los tiempos en que se creía que solamente la guerra enseña á hacer la guerra. Hoy todo el mundo sabe que es en la paz donde hay necesidad de prepararse para la guerra. ¿Por qué? Sencillamente por esto: porque si un país no está pronto para la guerra con los medios de comunicación, con las armas de precisión, con las mil vinculaciones, con la armonía que reina en el elemento efectivo de la nación, es cuestión de horas, cuestión de días hacer que sucumba todo un estado. De manera que, previamente, es necesario estar pronto; y el país que está más pronto para la guerra es aquel que más pronto puede pasar del pie de paz al pie de guerra.

Si nosotros tenemos diez mil unidades de combate y tenemos las reservas educadas en la forma que aconseja la mayoría de la comisión, en el caso de que estallara una guerra tendríamos únicamente diez mil unidades de combate. En el caso de que se aceptase el proyecto del poder ejecutivo, en un momento cualquiera, tendríamos las diez mil unidades de combate más esas otras que hubieran ya pasado por las banderas. Esto es tan obvio, tan sencillo y tan claro que me parece que me esfuerzo innecesariamente en probarlo á la honorable cámara.

Supongamos, señor presidente, que este plan se hubiera ya ejercitado durante diez años. ¿Cuántos soldados han pasado bajo banderas según el proyecto de la mayoría y cuántos según el de la minoría? Por el de la mayoría han pasado diez mil soldados, por el de la minoría han pasado cien mil.

Es cierto que los diez mil soldados de la mayoría serán diez mil soldados de *élite*, serán veteranos, profesionales; pero nosotros en el caso de una guerra con cualquier nación de América no combatiremos con diez mil soldados, necesitaremos, cuando menos, un ejército de ciento veinte mil.

Por consiguiente, es la cámara, es el país el que debe elegir entre estos dos extremos: ó un ejército compuesto de 10000 veteranos y 110000 reclutas; ó un ejército compuesto de 120000 hombres de combate, perfectamente aptos.

Aquí haré una pequeña observación que he leído en el capitán Moch, puesto que el miembro informante de la mayoría de la comisión observaba que un soldado se puede formar en un tiempo corto y citaba la autoridad del capitán Moch, quien dice: que en cincuenta días el soldado está completo; pero añade: en-

tiendo por instrucción enseñarle el oficio, independientemente de toda cuestión moral. Es decir, entonces, que él los instruye así en esta forma; pero él no les ha dado esa educación militar, esa educación moral del soldado, que precisamente es lo que constituye su fuerza y su acción.

Cuando no se cumplen los preceptos de la guerra, cuando no se tiene en cuenta que la buena organización de las reservas es la condición principal para estar preparado para la guerra, cuando no se tienen todos los medios de movilización para estar prontos á pasar del pie de paz al pie de guerra, suceden fracasos de los cuales una sola referencia haré á la cámara, que ha de probar hasta la evidencia cuán cierto es lo que yo estoy aquí repitiendo cuando tal vez el convencimiento es general.

Cuando se aproximaba la guerra del 70, la Francia había organizado su ejército y lo había organizado por el sistema de enganche por vía administrativa. No le habían hecho caso al desgraciado mariscal Niel. La Prusia había seguido el servicio obligatorio y estaba perfectamente apta para pasar del pie de paz al pie de guerra. ¿Qué resultó? La Francia fué la que declaró la guerra á la Prusia. Una nación que declara la guerra á otra después de un año de gestiones que se hicieron, como saben los señores diputados, era porque estaba perfectamente preparada. Y efectivamente, la Francia no sólo estaba perfectamente preparada sino que el emperador Napoleón, en el concepto de todos los peritos militares, había adoptado un plan de campaña según el que, á haberlo podido poner en práctica, era segura la victoria.

Napoleón III pensaba lo siguiente: reunir todas sus fuerzas en un momento dado al borde del Rhin; atravesar este río, pasar á Alemania y dividirla en Alemania del Norte y Alemania del Sud, y así dividida batirla en detalle, á cada una de las dos fracciones.

Pero cuando tocó llamada, resultó que estuvo tanto tiempo para reunir su ejército, que los prusianos se vinieron sobre el Rhin, llegaron á París, dominando por completo á la Francia y la obligaron á firmar el tratado de Frankfurt.

¿Cuál fué la causa, entonces, de que el plan del emperador Napoleón no se realizara? Precisamente esta: que se habían falseado los principios de la gue-

rra que obligan á toda nación bien organizada militarmente, á estar lista para pasar, en cualquier momento, del pie de paz al pie de guerra.

Me parece, señor presidente, que con esto he hecho toda la exposición que me es dable hacer sobre la necesidad de una organización completa.

No quiero seguir adelante sin decir que, si me he mezclado en este pequeño punto de estrategia militar, es porque yo he visto y he leído á menudo que siempre que se falsean los principios de la guerra se sufre una derrota.

He leído las memorias del capitán Villebois, quien dice lo siguiente: los desgraciados sucesos de Magersfontein y Colenso se debieron á que se falsearon los principios de la guerra. Los ingleses falsearon completamente esos principios en la guerra del Transvaal. Mandaron su infantería á atacar de frente sin que su artillería hubiera hecho callar á la artillería enemiga.

Entonces, cuando el ataque se llevó, la derrota era segura. Cuando después se fué á atacar los atrincheramientos, el capitán Villebois dice que esos atrincheramientos no podían ser tomados por los ingleses, porque había sido falseado el principio de la guerra que establece que no se puede atacar un atrincheramiento sin llevar piezas de fuego curvo.

Estas reflexiones las termina Villebois diciendo que lo que allí triunfó fueron los principios de la guerra aceptados por todas las naciones.

El teniente Baldrich, que me ha complacido mucho leer, porque su obra es la de un estudioso, dice que en Africa se pagó un tributo á la ignorancia, y yo no quiero que nosotros paguemos mañana un tributo á la nuestra.

Me parece haber dejado completamente demostrados las ventajas del servicio obligatorio sobre el servicio del enganchado.

El servicio obligatorio es, sin duda, señor presidente, una carga pesada para la nación, pero las naciones que quieren ser grandes tienen que aceptar estas obligaciones.

En efecto, todos los días se presentan al parlamento solicitudes respecto á mil asuntos. Yo no he visto, señor presidente, aquí en la secretaría, entrar ninguna solicitud presentada por la juventud argentina rehusando el servicio obligatorio. Es porque estoy seguro que ella sabe que si el país le exige este tributo de sangre y de libertad, es por-

que ese tributo de sangre es semilla fecunda de la cual ha de brotar la grandeza nacional.

El doctor Avellaneda, al presentar su tesis para el doctorado, estudiando el punto constitucional de nuestra ley, dice que el artículo 21 ha dispuesto que todo argentino está obligado á armarse en defensa de la patria conforme á las leyes que al efecto dicte el congreso y los decretos del poder ejecutivo nacional.

Este joven abogado hace un estudio muy juicioso y muy elevado al respecto, y yo me permitiré repetir una de sus conclusiones, que dice así: «Este precepto constitucional es propio de una organización democrática y se funda en la igualdad con que esta grave y delicada carga recae sobre todos los argentinos, sin otra distinción que la establecida por la ley.

Es entonces la igualdad, es entonces el propósito único de que esta ley la cumplan todos los ciudadanos de la República, la que puede dar motivo á observaciones de orden constitucional.

Yo sé muy bien que la mayoría de la comisión sostiene y lo ha sostenido durante el estudio del asunto y lo ha sostenido en el parlamento y lo sostienen todos los adversarios del servicio obligatorio, que la ley no se cumplirá.

Pero yo pregunto, señor presidente, si el parlamento argentino está obligado á dar una ley cómoda. Si no se cumple la ley del servicio obligatorio, tampoco se cumplirá la ley de instrucción regional, salvo el caso que se hiciera una instrucción regional que les acomodara á los habitantes de cada región.

En caso del servicio obligatorio, se buscará el medio de rehuir la ley; en el caso de la instrucción regional, se buscará lo mismo el medio de rehuirla, porque en este país, como en todos, se cumple siempre el adagio italiano: «Fatta la legge, trovato l'inganno.» Se ha de tratar de burlar la ley; pero yo sostengo que la ley del servicio obligatorio es la que conviene á nuestro país, es la única manera de que nosotros estemos preparados para las eventualidades de una guerra.

Por otra parte, los señores diputados conocen perfectamente bien que todas las veces que la República Argentina ha estado débil, ha tenido conflictos á sus puertas; y todas las veces que ha estado fuerte, esos conflictos han desaparecido; y si pasaran diez años y esta ley se cumpliera y nosotros tuviéramos

10.000 soldados listos para el combate y 120.000 ciudadanos de la reserva, podríamos creer, estoy seguro, que no sólo estaría afianzada la paz de la República, sino que ésta sería una sombra protectora que se esparciría sobre toda la América! (*Muy bien!*)

Comprendo que estos asuntos están ya demasiado debatidos para llamar tanto la atención de la cámara. Pero se ha asegurado que la conscripción no ha dado resultado entre nosotros. Hay un ejemplo claro, sencillo, viviente: es la conscripción en nuestra armada. Yo sé que hay algunos en el país que sostienen que la conscripción no ha dado resultados en la armada. He pedido un cuadro del servicio que hacen los conscriptos en la armada, porque se hace el argumento siguiente: «los profesionales son los que hacen todo el servicio en los barcos; los conscriptos sólo reman y l'aldean.» Pero no es así, felizmente. Aquí tenemos esos cuadros y examinando cualquier categoría, por ejemplo, la de artilleros, tenemos que en el «San Martín», de sesenta artilleros; sólo hay quince profesionales y cincuenta y cinco conscriptos que son actualmente artilleros profesionales. Con los timoneles, cuyo papel tan importante en un buque no se oculta á los señores diputados, sucede lo mismo: el «San Martín» tiene nueve, á saber: un cabo timonel de primera clase y dos timoneles de segunda, que son profesionales, y los otros seis timoneles son conscriptos. Me hacen el favor de decir los señores diputados quiénes son los que desempeñan las funciones de servicio á bordo de los barcos ¿son los profesionales ó los conscriptos? Tengo aquí cuadros de todos los barcos, que para no fatigar á la cámara no los leo; pero que quedan á disposición de los señores diputados, que los podrán examinar en secretaría, cuadros que he tomado del estado mayor de la armada.

Daré otro dato sobre el buen resultado que dan los conscriptos en la armada. Algunos señores diputados, conjuntamente con los señores ministros de la guerra, de marina y el señor Presidente de la República, hicimos un viaje, que es un modelo para todas las armadas del mundo. Tal vez será una exageración de mi patriotismo; pero sé perfectamente lo que pasa cuando se hacen viajes de esa clase. Cuando la reina de Inglaterra quería hacer un viaje á veintiuna millas de marcha, el yacht de la reina, que tiene la misma capa-

ciudad del «Buenos Aires», se preparaba para hacer ese viaje. Se limpiaba las fondos del barco, se elegían marineros de *élite*, se elegían foguistas y maquinistas de *élite*, se elegía el aceite, se elegían todos los elementos, se daba la orden: «Dentro de quince días, va á salir Su Majestad;» y entonces se hacía el viaje á veintiuna millas.

Todos los diputados que asistieron á la revista de Bahía Blanca saben que el «Buenos Aires», de la misma capacidad que el yacht de la reina de Inglaterra, venía de una campaña de noventa días; tenía á su bordo como foguistas y maquinistas á conscriptos; tenía aceite viejo, carbón viejo, los restos de lo que había embarcado; sus fondos no se habían limpiado; y el Presidente de la República llamó al jefe del barco y le dijo: «A Buenos Aires con veintiuna millas, dentro de seis horas.» Se cumplió la orden, y entrado á dique el barco, se vió que no había nada que hacer. ¿Sirven ó no sirven los conscriptos en nuestra armada? Me parece esto completamente evidente: que si lo traigo es para probar que la capacidad del país está perfectamente preparada para la conscripción.

Ahora bien: como se trata de efectivos del ejército, como se trata de una ley que vamos á emplear en el porvenir, yo quiero referir á la cámara un cálculo, no hecho por mí, sino por un distinguido militar, el coronel Orzábal, que recomiendo á los señores diputados, con cuya amistad ni siquiera me honro, porque no le conozco, que se ha publicado en la revista que dirige el doctor Zeballos, y que establece de una manera clara y terminante cuál será el efectivo que tendremos nosotros dentro de ocho años con el proyecto de la mayoría y cuál el que tendríamos con el de la minoría. Son muy pocas cifras, y ruego á los señores diputados que me permitan leerlas.

Se hace el cálculo sobre un ejército de 12.000 hombres; 12.000 hombres conscriptos que reemplazan todos los años 3.000. De manera que de estos 3.000 van á salir las clases, que el coronel Orzábal calcula que serán 300, y va luego haciendo una multiplicación, que ruego á los señores que la lean, por la cual llega á esto: que al cabo de 8 años, con el ejército de la conscripción, se tienen 32.000 clases, y además de estas 32.000 clases han pasado bajo banderas 100.000 ciudadanos; de manera que si dentro de ocho años estallara una gue-

rra, nosotros tendríamos 32.000 clases y 100.000 unidades de combate.

Por el proyecto de la mayoría de la comisión, se tiene esos 12.000 hombres enganchados de 2, 3, 4, y 5 años; la renovación se hace en la forma proporcional que luminosamente expone el coronel Orzábal, y termina con que al cabo de ocho años tendríamos nosotros 5.600 clases y 100.000 soldados. Estas 100.000 unidades de combate también habrían pasado bajo banderas; pero en cambio no tendría sino 5.600 clases, y si nosotros tenemos 32.000 clases resulta que aun igualando los 100.000 combatientes, tendríamos 27.000 más que las que habría por el proyecto de la mayoría de la comisión.

Me parece, señor presidente, que ya he expuesto á la cámara toda la argumentación que yo le puedo dar; si no digo más, es porque no sé más; pero yo quisiera llevar á todos el convencimiento é inspirarles el mismo deseo que tengo de que esta ley se estudie detenidamente, sin propósitos preconcebidos, seguro de que si nosotros la aceptamos, habremos fundado para siempre la grandeza de nuestro país!

He dicho. (*¡Muy bien! ¡muy bien! Aplausos.*)

**Sr. Falcón**—Pido la palabra,

No vengo, señor presidente, á hacer un discurso, no vengo tampoco á ocupar mucho la atención de la cámara; vengo á sentarme al pie de la montaña para invitar á los miembros de la minoría de la comisión de guerra á que descendan de la cumbre, dejando un momento de contemplar ese León de Lucerna, á discutir aquí, en la llanura, con la elocuencia de la realidad de los hechos.

Creo, señor presidente, que estos proyectos militares, de los cuales puede depender tal vez la salud de la patria, merecen algo más que palabras y frases literarias, que si exaltan la imaginación y cautivan el auditorio, trastornan el criterio y dañan profundamente al asunto.

Señor presidente: el proyecto de organización militar, por lo vasto de su concepto y por las múltiples condiciones que se debe llenar para realizarlo, bien se puede decir que no es la obra exclusiva de un ministro de guerra: es la obra del gobierno entero, tales son los puntos que abarca y los intereses que afecta.

Creo, señor presidente, que un proyecto de esta naturaleza debe encarar-



se no solamente con el criterio del tecnicismo militar, sino también con el criterio del estadista; por consiguiente, creo que lo primero que debe tenerse en cuenta es el conocimiento perfecto de nuestras relaciones internacionales con los pueblos con quienes podemos tener conflictos armados... Conocidas estas relaciones, habría que estudiar á fondo la capacidad financiera y económica del país y, determinados estos dos puntos, el señor ministro de la guerra estaría recién habilitado para sentar las bases de un proyecto de acuerdo con la técnica militar.

¿Se han llenado estas condiciones en los dos proyectos en debate? No lo sé, señor presidente. El de la mayoría parece que nos indicara que ha sido confeccionado en previsión de un peligro de guerra inmediata; el proyecto ministerial ve las eventualidades un poco más lejanas; el uno nos dice que debemos estar con el arma al brazo; el otro, que los peligros son muy remotos, pero que, sin embargo, es preciso militarizar el país, por si alguna vez tenemos que correr las contingencias de una guerra, porque así lo hace hoy la Francia y la Alemania.

Luego, pues, señor presidente, es con mi raciocinio propio que debo tratar de estudiar estos puntos esenciales, que han de determinar principalmente los lineamientos generales dentro de los que ha de estar encuadrado un proyecto de esta naturaleza; y después llegaremos á estudiarlo del punto de vista técnico ó profesional.

Señor presidente: á la inversa de lo que pasa en la vieja Europa, la paz es y será por muchos años el estado normal de la República Argentina y la guerra su estado excepcional. Definitivamente constituida y libre del período de anarquía que tanto retardó su progreso, la República, á la sombra de la paz y del trabajo, ha de ocupar, en no lejano tiempo, en esta parte de la América, el sitio prominente que ocupa allá el coloso del norte; y entonces, nosotros, como las generaciones que vengan, hemos de seguir las huellas de aquella gran nación para ejercer la preponderancia política que nos corresponderá de acuerdo con nuestra grandeza y para lo cual no necesitaremos más armas ni más ejército que las armas fecundas de la paz y del progreso. *(¡Muy bien! Aplausos.)*

En paz con todo el mundo y libres de toda preocupación de conquistas, de-

bemos reconocer, sin embargo, que la república pasa por un peligro inmediato. Chile, que de pueblo laborioso y pacífico ha pasado á ser una amenaza constante para los pueblos vecinos, asecha el momento propicio para descargar sus furias guerreras sobre este país, ya que no lo ha podido contar como cómplice de sus aventurados proyectos de conquista y de engrandecimiento á costa de sus hermanas del Pacífico.

Pero la República que dió libertad á Chile y al Perú y que no puede olvidar que Bolivia es un pedazo de su ser, está obligada moral y materialmente á imponer la paz en esta parte de la América, para garantizar así, mejor, el derecho de todos, dentro del cumplimiento estricto de los tratados. Pero para desempeñar este papel humanitario y de propia conservación, se necesita un ejército, desde que la cuestión del Pacífico esta planteada ya, y sólo se espera para solucionarla que Chile tenga un ejército y una escuadra superior á nuestra escuadra y á nuestro ejército.

La situación financiera del país, lo mismo que la económica, si bien no del todo halagüeñas, creo que para cumplir con este patriótico propósito ha de responder como siempre, y se han de tener los medios necesarios para realizar cualquier sacrificio que exija la defensa y la integridad de la patria.

Si estas premisas son exactas, señor presidente, tendremos desde luego que convenir en la necesidad inmediata de tener un ejército y que contamos con los medios financieros para constituirlo y sostenerlo.

Entra ahora la técnica militar que, como he dicho, exige en primer término el conocimiento perfecto de las condiciones y capacidad militar del adversario; las condiciones del país, su índole y todo aquello que le daría á este problema el verdadero carácter nacional.

Señor presidente: contagiados con el ejemplo de ultracordillera, de magnificar las cosas militares para herir la propia imaginación y la del adversario, se ha creído por mucho tiempo que la guerra entre Chile y nosotros exigiría á nuestro país la formación de un ejército de ciento cincuenta á doscientos mil hombres. Nada menos exacto, en mi concepto. Creo que hay exageración en estas cifras, pero reconozco también que se han hecho carne en la opinión y que el gobierno ha contribuido á sostenerla, por el costoso y numeroso material de guerra almacenado en nuestros arsenales.

les, que, á mi modo de ver, alcanza y sobra para guerrear con la América entera.

Dada la naturaleza del obstáculo que nos separa de Chile, cuya descripción no haré porque es conocido de todos, creo, señor presidente, que á no ser por sorpresa, la guerra por tierra casi es imposible entre Chile y la República Argentina.

Supongamos que Chile fuera el invasor y que reuniera cien mil hombres dejarlos pasar de la región andina ¿que que pudiera instruir y administrar, ¿qué necesitamos, señor presidente, para detener su avance y para no dejarlo pasar de la región andina? ¿Un ejército numeroso de cien, ciento veinte ó ciento cincuenta mil hombres, aprendices, aunque con la moral levantada como nos lo indicaba el distinguido orador de la minoría de la comisión? Dada la topografía del país, su grande extensión, lo alejada que estaría la base de operaciones de regiones enteras, apenas ese ejército podría llegar á la ladera de las primeras montañas cuando ya tuviéramos á dentro al enemigo! ¿Con eso habíamos nosotros de contener una invasión?

No, señor presidente, habíamos de impedir esta invasión, hecha más ó menos por sorpresa, en el primer momento, con esos diez mil veteranos tan mal clasificados por la minoría de la comisión! (*Aplausos*). No con aquellos veteranos que tan bien pintaba el distinguido admirador del fiero León de Lucerna, sino con veteranos iguales á los que constituyeron los granaderos de San Martín; á aquellos de donde salió el sargento Cabral, de alma bien puesta; con esos veteranos que detuvieron la invasión paraguaya en la provincia de Corrientes, antes de que nuestros guardias nacionales se movilizaran y llegaran al puesto del peligro; (*¡Muy bien! Aplausos*) veteranos como aquellos que tenía la Francia el 70, que pudieron dar con todo heroísmo y capacidad militar las batallas de Gravelotte y Rezonville; veteranos semejantes á los que se portaron heroicamente en Wisembourg y Reischoffen; veteranos de Gallifet y Margueritte, cuyos despojos fueron, señor presidente, á sucumbir con la Francia militar en Sedán, en la forma que nos pintaba el señor miembro informante de la minoría. ¿Pero por qué? ¿Porque eran enganchados? No, señor presidente; sino porque detrás de esos veteranos de Napoleón III no estaba la

Francia y mucho menos la Francia militarmente instruida y preparada para la guerra. Si los veteranos de Napoleón III yendo á la línea del Rhin hubieran contado con la Francia perfectamente instruida siquiera por el sistema que preconiza la mayoría de la comisión, hubieran detenido al invasor en la línea de frontera, y entonces toda la Francia militar hubiera acudido allí á reforzar sus efectivos y la paz no se hubiera firmado seguramente en París! (*Aplausos*.)

Hay que estudiar estos problemas militares, no con la fraseología, con la que damos todos los giros que permite la imaginación, sino con los conocimientos profesionales para sacarles sus verdaderas consecuencias.

Serán, señor presidente, esos veteranos de Naembé y de Santa Rosa que formaron brigada con la guardia nacional con más ó menos instrucción, y aquellos veteranos que hicieron la expedición al desierto y que son el pedestal sobre que se levantó la figura del general Roca, los que recibirían al invasor.

Ese es el primer papel que cabría á esos veteranos, como será el primer rol que cabrá á los veteranos que están hoy sobre la frontera del Rhin con los efectivos reforzados, que no van seguramente á esperar los refuerzos de sus efectivos para dar la primera batalla dentro de las cuarenta y ocho horas de declarada la guerra.

Esos son los veteranos que desea tener la mayoría de la comisión para detener al invasor en los primeros momentos y dar tiempo á las milicias instruidas con tres meses, ó más si fuera necesario, aunque creo que con tres será suficiente; por más que tengamos la prueba fresca todavía en aquellos que nos manifestaba el miembro informante de la minoría, los que después de haber oído quince misas y haber pasado veinte revistas volvieron tan reclutas de Curumalán como habían ido. (*Aplausos*.)

**Sr. Presidente**—Prevento á la barra que le está prohibida toda manifestación.

**Sr. Falcón**—Señor presidente: el recuerdo de estos gloriosos veteranos que también han servido de modesto pedestal, á mí, simple recluta salido de las aulas de Palermo, me ha hecho casi desviar de la cuestión.

Suponía el país invadido y con los 10.000 veteranos, que se ha dado en aceptar como base prudente de ejército activo, se impediría en los primeros días de la in-

vasión, que el enemigo operara su concentración de este lado de las montañas; es en ese primer período en que, para compensar la defensiva estratégica que siempre estaríamos obligados á asumir por tierra, que tendríamos que desarrollar la acción decisiva de la escuadra. Sería ésta la que tendría la palabra en este primer período de la campaña; sería la escuadra la que llevaría la invasión al enemigo; y si los resultados tuvieran el éxito que nos es dado esperar, entonces en este primer período de la campaña habría terminado la guerra, firmándose la paz en Valparaíso. (*Risas*). Pero supongamos que las operaciones por mar no hubieran sido del todo completas, del todo felices. Entonces habría tenido el país el tiempo suficiente para movilizar esas milicias instruidas, de acuerdo con el proyecto de los señores generales Capdevila y Godoy y para reforzar los cuadros veteranos; habría transcurrido un tiempo más que suficiente, desde el momento de la declaración de guerra para poner á la nación en armas, produciéndose el hecho que intentó la Francia, con esa diferencia: que la Francia llevó á Sedán ciudadanos que no habían recibido instrucción militar: aquellos guardias móviles, de invención del mariscal Niel. Ya estaría la nación en armas con instrucción militar y los cuadros perfectamente organizados en las líneas de fronteras, y entonces cabría á la República Argentina hacer el último esfuerzo, el esfuerzo supremo por tierra.

Pero con todo, señor presidente, dada la capacidad militar de los dos países contendientes, dada la naturaleza de los obstáculos casi insuperables á vencer, creo, señor presidente, que por tierra es casi imposible la guerra, si la guerra ha de declararse para firmar la paz en la capital de la nación contraria.

Esbozaba, señor presidente, la única forma de guerra, es decir, la guerra marítima; creo, que si este país tuviera 60.000 hombres instruidos en la forma que lo establece la comisión en mayoría, y de los cuales un tercio ó un cuarto fuera de tropas veteranas, creo y repito, con toda sinceridad, poniendo la mano sobre la conciencia, que este país no debería temer á nadie.

Contemplemos la escuadra, robustémosla, hagamos que se mantenga siempre con la supremacía y con la organización en que la tenemos actual-

mente, y no hay cuidado, el elemento de invasión está en nuestras manos, la iniciativa no sería del contrario, sino que estaría de nuestra parte.

Tres años hace, señor presidente, en este mismo recinto y en momentos muy solemnes para el país, tuve oportunidad de manifestar mi opinión, la íntima convicción que tenía de que con los ochenta mil hombres que el país podía poner inmediatamente sobre las armas no tenía por qué temer á nadie.

Todos sabemos, que después de ese momento crítico surgió el pacto que se llamó de arbitraje ante la reina Victoria, y entonces, participando todos, pueblo y gobierno, de la creencia de que la paz estaba por siempre asegurada, hemos visto con dolor desaparecer catorce mil veteranos de las filas del ejército. ¿Para qué? Para ser reemplazados por jóvenes conscriptos, á quienes, cuando les toque la suerte de ir á prestar sus servicios en la primera línea de fuego, les pasará lo que con tanta verdad nos refería el miembro informante de la mayoría de la comisión.

Creo, señor presidente, estoy firmemente convencido, que teniendo este país 10.000 veteranos que sirvan á la vez que de tropa de primera línea en caso de guerra, y de cuadros de instructores de la clase de conscriptos en tiempo de paz, habremos adoptado el mejor método que nos permite este sistema llamado de servicio obligatorio.

Creo que los dos proyectos están dentro de este mismo principio. La diferencia es nimia: no es de sistema, sino de medio. ¿Cuál es el objeto del servicio obligatorio? La instrucción de las reservas. ¿Cómo se instruyen las reservas? Con maestros. ¿Dónde están los maestros, en el proyecto de la mayoría? Son los diez mil veteranos. ¿Dónde están en el proyecto ministerial? En ninguna parte, puesto que salen de la misma clase de los alumnos.

No he hecho una frase, señor presidente: el proyecto ministerial, muy apreciable en su factura y que revela mucha erudición y competencia en la persona del señor ministro, que lo ha confeccionado, adolece, en mi concepto, de haberlo concebido bajo una fórmula abstracta, inaceptable para nosotros por el momento. Contiene defectos fundamentales, como éste: el de proponer organizar un ejército para el porvenir, sin base veterana, sin cuadros de instrucción, porque no puede clasificarse como tal

el quinto de la clase, ó sea seis mil soldados en treinta mil que saca el señor ministro de las filas de los conscriptos para que con una instrucción media de nueve meses, como único bagaje de aprendizaje, ayuden á instruir á los doce mil de la misma clase en seis meses; mientras que en el proyecto de la mayoría, los instructores son diez mil veteranos, que no permanecen constantemente en las filas, como decía el señor miembro informante de la minoría, sino que son también renovados.

Y ¿por qué no ha de suceder esto en el sistema de la mayoría? Si hubiera diez mil soldados enganchados por tres á seis años y renovados anualmente por tercios, quiere decir que cada tres años saldrían tres mil soldados veteranos, como clases, suboficiales, ó mismo como soldados bien adiestrados y entonces, al cabo de doce años, tendríamos treinta y seis mil soldados veteranos, clases y suboficiales.

**Sr. Iriondo (M.).**—¿Dónde encontraría el señor diputado esos veteranos?

**Sr. Falcón.**—En los enganchados.

**Sr. Iriondo (M.).**—Quiere decir que por el solo hecho de ser enganchados ya serían veteranos? (*Risas.*)

**Sr. Falcón.**—No, señor; y le agradezco la interrupción, porque no quiero dejar en el criterio de la cámara la más mínima duda.

Enganchando, decía, por tres á seis años, cuando este sistema se hubiera aplicado durante tres años, tendríamos que el primer tercio, los que se enganchan en 1900, recién saldrán en 1903; es decir, saldrían tres mil de los nueve mil enganchados. En 1904 vendría el reemplazo, enganchándose de nuevo otros tres mil.

**Sr. Iriondo (M.).**—Es que no son veteranos por el solo hecho de ser enganchados.

**Sr. Falcón.**—Menos veteranos y me nos instructores serán los del tercio del proyecto ministerial desde el momento de ser sorteados. (*Aplausos en la barra.*)

**Sr. Presidente.**—Ruego al señor diputado por Buenos Aires que no interrumpa al orador, y á la barra le reitero la advertencia de que no le son permitidas estas manifestaciones.

**Sr. Falcón.**—Señor presidente: está completamente extraviado el criterio de la cámara.

**Varios señores diputados.**—No el de la cámara: será el de la minoría.

**Sr. Falcón.**—He oído *sotto voce* con-

versaciones que me revelan que no se conocen á fondo estos proyectos.

Yo estoy estudiando con sinceridad las ventajas é inconvenientes que les encuentro. Empiezo por encomiar el proyecto ministerial como concepto general; pero encuentro que ha extremado de tal manera este método llamado del servicio obligatorio, que podría con verdad llamársele sistema del servicio obligatorio puro, abstracto, esto es, inservible para la práctica, porque, repito, se propone instruir soldados de la clase con reclutas de la clase. Un ejemplo: supongamos que la clase de conscriptos es, con todas las depuraciones y excepciones, de 25000 hombres,—creo estar en lo aproximado en este punto—5000 hombres para la escuadra y 20000 para el ejército. Según el proyecto ministerial, se debe tomar la quinta parte de estos 20000 hombres, que por la ley están obligados á servir durante dos años; la quinta parte son 4000; quedan 16000. Estos 4000 soldados, suponiendo que no haya ejército... ¿hay enganchados en el ejército actualmente, señor ministro?

**Sr. Ministro de la guerra.**—Me permite el señor presidente contestar al señor diputado?

**Sr. Presidente.**—Sí, señor.

**Sr. Ministro de la guerra.**—El poder ejecutivo tiene el propósito de dejarlos hasta que pueda iniciar el período de instrucción, de acuerdo con el nuevo proyecto.

**Sr. Falcón.**—¿En que número se encuentran? ¿Serán seiscientos?

**Sr. Ministro de la guerra.**—Un poco más; pasan de 4000 entre enganchados y voluntarios..

**Sr. Falcón.**—Le rogaría al señor ministro, si me acepta un consejo, que no los vaya á largar... (*Risas.*)

**Sr. Presidente.**—Me permite el señor diputado?

Satisfecha la pregunta que ha hecho al señor ministro, no es posible continuar en diálogo, por prohibirlo el reglamento.

**Sr. Falcón.**—Tenía necesidad de un dato, para no hacer cálculos sobre base falsa.

Bien; debo tomar el proyecto como es, y si no es así, los miembros de la minoría ó el autor del proyecto tendrán la bondad de explicarlo en su verdadero concepto. De los 20,000 ciudadanos, por el proyecto se toma la quinta parte: son 4,000 soldados; le agrego unos 1,500 que se supone puede haber de



voluntarios con premio, son 5.500; agrego 300 más, que se presentarán para ser oficiales de reserva, serían 5.800; estos 5.800 soldados, entrarían hoy con la obligación de servir dos años.

Tal vez, á excepción de los 300... pero tomemos los 5.800 y se tendría que sortear á la mitad de los 16.000 ciudadanos, para hacer el servicio de los seis meses; ó sean 8.000. Entonces, el señor ministro tendría bajo banderas 13.800 en el primer semestre de aplicación.

Luego, pues, se produce evidentemente el caso que apuntaba, porque aquí no hay cabos ni sargentos, sino eventualmente aquellos 4.000 soldados, á que se refería el señor ministro y que los recibo y los contemplo como los verdaderos salvadores de la situación en este momento del ejército, porque estos 4.000 soldados vendrían á ser lo que suponía serían los 10.000 del proyecto de la mayoría. Luego, pues, hay 4.000 soldados veteranos que van á servir de instructores en el primer momento para estos conscriptos. Son 4.000 soldados que van á instruir á 13.800 ciudadanos.

Viene el segundo semestre en que salen 8.000 soldados y se renuevan con otros 8.000, ó sea la segunda porción del año. En esta segunda porción de contingente vendría á seguirse la instrucción con instructores de seis meses de instrucción adquirida y que vienen á instruir á los otros 8.000, y teniendo como maestros complementarios á los 4.000 de línea.

Viene el primer semestre del segundo año y se repite la operación. Entonces, ese quinto, con una instrucción de un año, servirá para instruir la primera porción, del contingente del año siguiente.

Y si seguimos seis meses más, entonces ¿qué tendremos?

Que la quinta parte de la clase, con una instrucción de diez y ocho meses, habrá instruido la segunda porción de la clase del segundo año.

Tomando como término medio la instrucción de filas que tendrán estos instructores, resulta que serán hombres avezados al oficio, con una instrucción media de nueve meses, que habrán instruido á 16.000 soldados.

Pero todavía siguen figurando en esta planilla los 4000 soldados veteranos que tiene el ejército, y creo, señor presidente, que ni en los dos años primeros ni en los dos siguientes, ni en los de más allá, nunca el poder ejecutivo, si

quisiera tener ejército, había de poder licenciarlos, salvo que se propusiera el señor ministro hacer en este país lo que no se hace en ningún país militar del mundo.

Estos enganchados tan combatidos, tan vilipendiados por la minoría de la comisión, son los enganchados que tiene hoy mismo la Alemania...

Acepto la respuesta del señor ministro.  
**Sr. Ministro de la guerra**—A su tiempo.

**Sr. Falcón**—Me complacerá muchísimo.

Se está creyendo que la nación que está al frente de la milicia en el mundo no tiene soldados enganchados. Pues nada menos que la Alemania, hoy, tiene 81.000 enganchados, lo que representa la sexta parte del efectivo de soldados que tiene bajo banderas. Y para que no quede en la cámara la más mínima duda, daré este dato.

En Alemania, la nación más rígida en cuanto á la preparación de los suboficiales, no se admite que los soldados de los tres años de la clase, aquellos soldados que por imperio de la ley vienen á servir en las filas, puedan servir como suboficiales durante el tiempo que les corresponde de servicio.

Habiendo cumplido como soldados rasos su servicio, pueden ser suboficiales enganchados.

¿De qué manera podría contar la Alemania con 81.000 suboficiales que sirven de instructores? ¡Pero, con los enganchados!

**Sr. Demaría**—¡Pero está en el proyecto del poder ejecutivo!

**Sr. Falcón**—Entonces, es verdad lo que digo.

**Sr. Demaría**—Para clases, pero no para soldados... ¡Son cosas distintas!

**Sr. Capdevila**—Es decir que para soldados es malo, para clases es bueno.

**Sr. Falcón**—Pero... y las condiciones morales?

**Sr. Capdevila**—Los soldados enganchados no sirven para nada, y los cabos, sí!

**Sr. Presidente**—La extensión é importancia de este debate reclaman como ninguno su unidad. Ruego á los señores diputados que no interrumpen.

**Sr. Romero**—Señor presidente: encontrándose fatigado el orador, podríamos pasar á cuarto intermedio.